

Historia y comunicación social

ISSN-e: 1988-3056

<https://dx.doi.org/10.5209/hics.88628> EDICIONES
COMPLUTENSE

Los mitos de Mussolini: cambios, crisis y oscilaciones¹

Matteo Re²

Recibido el: 16-11-2022 / Aceptado: 22-03-2023.

Resumen. Este artículo analiza los diferentes mitos que rodearon a Mussolini, teniendo en cuenta los momentos de auge, los de declive y las numerosas incoherencias. Antes de convertirse en el *duce* del fascismo, Mussolini fue el líder del socialismo, pero acabó siendo expulsado del partido. Impulsó la intervención en la I Guerra Mundial, en contra de sus convicciones antimilitaristas juveniles. Posteriormente creó el fascismo, transformándolo con el paso del tiempo desde los principios revolucionarios hasta su institucionalización conservadora, creando un mito alrededor de su persona fomentado por el apoyo incondicional que recibía de una parte importante de la población. Por último, pasó del mito del Imperio y de la grandeza internacional de Italia a la caída fragorosa en la II Guerra Mundial, a la detención y a una muerte nada decorosa. En estas páginas se propone la imagen de un Mussolini cambiante, cuya vida dio numerosos giros, pasando por crisis e incongruencias.

Palabras clave: Fascismo; Mussolini; Mito; Historia; Socialismo.

[en] The Mussolini myths: changes, crises and oscillation

Abstract. This article analyses the various myths which surrounded Mussolini throughout his lifetime, taking into account the moments of rise, the moments of decline and the many inconsistencies. Before becoming the *Duce* of Fascism, Mussolini was the leader of socialism, but he was eventually expelled from the party; contrary to his youthful anti-militarist convictions, he pushed for intervention in World War I. He went on to create fascism, transforming it over time from revolutionary principles to conservative institutionalisation, creating a myth around himself that was fostered by the unconditional support he received from a significant part of the population. Finally, he went from the myth of the Empire and of Italy's international greatness to a resounding fall in the Second World War, to arrest and an undignified death. These pages portray a changing Mussolini, whose life took many twists and turns, characterized by crises and inconsistencies.

Keywords: Fascism; Mussolini; Myth; History; Socialism.

Sumario. 1. Introducción. 2. Estado de la cuestión y metodología. 3. Auge y caída del mito del Mussolini socialista. 4. Mussolini intervencionista. 5. Mussolini *duce* del fascismo. 6. La caída del mito. 7. Recapitulación final. 8. Referencias bibliográficas.

Cómo citar: Re, M. (2023). Los mitos de Mussolini: cambios, crisis y oscilaciones. *Historia y comunicación social* 28(1), 31-40

1. Introducción

El fascismo fue “la expresión de un mito nuevo, adaptado a la cultura de masas con sus ritos y sus liturgias” (Musiedlak, 2005: 410), fruto del caos y la volubilidad, fiel reflejo de lo que había sido la vida de su creador. Mussolini, ya en 1918, es decir, antes de la experiencia fascista, declaraba que “un hombre inteligente no puede ser una sola cosa [...] tiene que cambiar. No se puede ser siempre socialistas, siempre republicanos, siempre anarquistas, siempre conservadores” (Divagazioni, *Il Popolo d'Italia*, 11-VIII-1918).

Aproximadamente una década después, Luigi Sturzo trazó una elocuente descripción del *duce*:

“Del extremismo revolucionario socialista y de la blasfema irreligiosidad pasó al más evidente conservadurismo y al clericalismo; fue antimilitarista y hostil a las expediciones coloniales [...] fue intervencionista empedernido e

¹ El autor agradece a los profesores Ricardo Martín de la Guardia, Juan Carlos Jiménez Redondo y Cristina Barreiro por haber organizado el Congreso Internacional “La Marcha sobre Roma en su centenario: la crisis de las democracias liberales” (CEU-San Pablo), donde se presentó una parte de esta investigación.

² Universidad Rey Juan Carlos.
Email: matteo.re@urjc.es
ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-1782-3746>

imperialista. El programa fascista de 1919, su personal trabajo de demagogia subversiva, en la práctica se convirtió en la más brutal experiencia reaccionaria [...]. Él puede pasar rápidamente de una teoría a otra, de una posición a otra, sin continuidad, sin arrepentimiento, sin remordimiento” (Sturzo, 2001: 108).

A la hora de analizar el mito de Mussolini, conviene fiarse de la intuición de Emilio Gentile (2002: 134), según el cual “más que de *mito* sería necesario hablar de *mitos*”, debido a que “el mito mussoliniano ha sido variado en sus expresiones, ha sufrido cambios, crisis y oscilaciones, ha tenido distintas apariencias que suscitaban reacciones discordantes según los ambientes y los momentos en que fue recibido”.

Esos cambios, bandazos, e incluso incongruencias características de la vida de Mussolini se reflejaron, como no podía ser de otra forma, en su criatura: el fascismo. De hecho, hace ya tiempo que la idea de un fascismo monolítico ha sido desestimada, sustituida por la de un movimiento conformado por diferentes orientaciones políticas: el intervencionismo, el sindicalismo revolucionario, el conservadurismo, el arditismo, el futurismo, el republicanismo mazziniano, el laicismo anticlerical, el nacionalismo patriota, o el fascismo de izquierdas, entre otras.

En este artículo procuraremos ahondar en la contradictoria figura de Mussolini que, a pesar de los numerosos cambios ideológicos y estratégicos experimentados a lo largo de su vida, logró alcanzar esa ‘aura mítica’ que sobrevivió entre sus fieles seguidores incluso a su muerte y a los errores cometidos. Por otra parte, los mitos mussolinianos, a menudo en contradicción entre sí, resurgieron de sus cenizas.

2. Estado de la cuestión y metodología

La producción científica sobre Mussolini, y más en general sobre el fascismo, es realmente desbordante. Sin embargo, no toda es fidedigna, incluyendo a menudo obras de divulgación partidista que, más que analizar el fenómeno del líder del fascismo y su criatura, los somete a un escarnio falto de rigor científico, más centrado en juzgar que en interpretar acontecimientos históricos considerados incómodos e incluso nefastos.

Quien sí dedicó su vida al conocimiento del fascismo y de su creador fue Renzo De Felice (1965; 1966; 1968; 1974; 1981; 1990a; 1990b; 1997), principal biógrafo del *duce*. Su prolífico discípulo, Emilio Gentile (1993; 2002; 2018; 2020), le tomó el relevo con una serie de publicaciones sobre las manifestaciones culturales del fascismo, su estructura y la ideología. También realizó numerosos estudios sobre el totalitarismo (1995; 2001), que se contraponen a los de Marco Tarchi (1995; 2003), quien se inclina más bien por un fascismo autoritario.

Mario Isnenghi, al margen de su contribución sobre el fascismo (1996), publicó varios volúmenes sobre la I Guerra Mundial y sus consecuencias como causa de la deriva fascista (1999; 2018a; 2018b). Fabio Fabbri (2019) hizo algo parecido, analizando los años previos a la llegada del fascismo. Por su parte, Claudio Vercelli (2019) se detuvo en los *Fasci di Combattimenti*, mientras que Giulia Albanese (2022) publicó recientemente una monografía acerca de la Marcha sobre Roma, considerándola como el hecho precipitante que supuso el comienzo de la dictadura en Italia (contrastando, en esta interpretación, las teorías de Griffin, mucho más indulgente a la hora de juzgar la importancia de la Marcha sobre Roma como punto de no retorno hacia el totalitarismo).

Lejos de la academia italiana es necesario señalar, entre muchos otros, a Roger Griffin (1991; 2005; 2019) y la idea de un fascismo en continuo movimiento y mutación; Zeev Sternhell (1994), centrado en las raíces francesas del fascismo y Didier Musiedlak (2003; 2007), interesado en la clase política fascista.

En relación al binomio ‘mito-Mussolini’, hay que destacar la producción de Passerini (1991), Petacco (2018), De Felice y Goglia (1983), así como el trabajo de Alberto Vacca (2013) sobre las cartas que parte de los ciudadanos solían escribir al *duce*.

Por último, es necesario mencionar algunas de las numerosas biografías sobre Mussolini, en parte realizadas durante el periodo del *Ventennio* (Beltramelli, 1923; Sarfatti, 1926), a menudo apologéticas y principales responsables de la difusión de una descripción mistificada del *duce*. En cambio, otras vieron la luz tras la caída del régimen (Malaparte, 1944; Roux, 1957; Mussolini, 1957; Mussolini, 1958).

A nivel metodológico, este artículo está basado principalmente en el análisis cualitativo de una abundante producción científica sobre Mussolini y, en parte, sobre el fascismo. Se ha procedido a cruzar datos biográficos de Mussolini desde su nacimiento hasta su ejecución, recreando un recorrido a lo largo de sus diferentes fases míticas: el periodo socialista; la intervención y participación en la Gran Guerra; el fascismo, hasta llegar al declive, ya vislumbrado tras la entrada de Italia en la guerra y culminado con la ejecución por parte de unos partisanos comunistas; pasando por la humillación de la destitución por deseo de los suyos (el Gran Consejo del Fascismo); la detención y, una vez liberado, la imposición por parte de Hitler de crear un ‘Estado títere’ de la Alemania nazi.

Por último, conviene precisar que el “mito” al cual nos referimos en este artículo no se debe entender en su acepción de “historia ficticia”, sino más bien como la descripción de una “persona rodeada de extraordinaria admiración y estima” y/o de una “persona a la que se le atribuyen cualidades que no tiene” (RAE).

3. Auge y caída del mito del Mussolini socialista

Mussolini nació en 1883 en Dovia, una aldea cercana a Predappio, situada en la región de Emilia Romagna, en el seno de una familia humilde. Sus orígenes proletarios serán hábilmente explotados por sus primeros biógrafos, una vez convertido en *duce* del fascismo (Beltramelli, 1923; Sarfatti, 1926). La madre era maestra y muy devota de la fe católica; el padre era herrero y un ferviente socialista revolucionario. De su progenitor, Mussolini heredó el ideario revolucionario de tintes *anarcoides*, que lo llevaría a tener sus primeros problemas con la justicia, siendo detenido en repetidas ocasiones en Italia y en Suiza. País este último en el que residió entre 1902 y 1904 con la intención de eludir la mili y donde se acercó al sindicalismo revolucionario.

Regresado a Italia, y tras cumplir el servicio militar, Mussolini se dedicó a la enseñanza antes de cultivar su verdadera pasión: el periodismo. En 1908 dirigió la revista *La Lima*, abiertamente anticlerical y antireformista; en 1910 hizo lo mismo con *Lotta di classe*, rotativo socialista, antimilitarista. Ese antimilitarismo, en clara sintonía con el socialismo revolucionario, se puso de manifiesto un año después, no solo firmando unos contundentes artículos de repulsa a la guerra de Libia, sino también manifestándose contra ese acto considerado imperialista, por el que acabó preso.

Ocho meses después de su liberación irrumpió en la escena política italiana. En julio de 1912, con veintinueve años, Mussolini destacó como la “figura más popular del socialismo italiano” (Gentile, 2002: 26) durante el XIII Congreso Nacional del Partido Socialista, celebrado en Reggio Emilia. Allí lideró la corriente revolucionaria con un discurso incendiario en radical oposición al socialismo reformista, corriente que, de hecho, salió derrotada de la asamblea. En noviembre de ese mismo año, fue elegido miembro de la nueva dirección nacional del partido y nombrado director del periódico socialista *Avanti!*.

En esta fase Mussolini mantenía aspiraciones revolucionarias, despreciaba abiertamente la monarquía de los Saboya, así como el liberalismo de Giolitti, y se oponía a los nacionalistas (Gentile, 2020: 44). Su interpretación del socialismo bebía de Sorel, alejándose de todo tipo de interpretación piadosa de la doctrina marxista y abrazando, en cambio, la interpretación según la cual era “una máquina de guerra contra el orden establecido” (Sternhell, 1994: 72).

El idilio entre Mussolini y los socialistas se agotó pronto. El *casus belli* se dio cuando éste, en proximidad de la I Guerra Mundial, y más aún una vez iniciada la contienda, fue paulatinamente abandonando su convencido antimilitarismo y neutralismo para brindar su apoyo a la intervención, pasando por una fase intermedia en la que proponía una “neutralidad condicionada”. La condición para intervenir dependía del tipo de participación de Italia: si al lado de la Triple Entente o a favor de Austria, siendo la primera opción la única aceptada por Mussolini. Una guerra contra Austria tenía, según él, un sentido *irredentista*, razón por la cual ese tipo de conflicto no encontraría su veto. Es más, y cometiendo un evidente error de cálculo, estaba también convencido de que esa eventualidad tampoco encontraría la oposición del Partido Socialista. De hecho, el fracaso de la Segunda Internacional y el peligro de que la victoria de los Imperios centrales conllevaría la derrota del socialismo internacionalista, son probablemente dos elementos claves para entender ese cambio de rumbo (Gentile, 2017: 38). También habría que destacar el giro que dieron algunos sindicalistas revolucionarios, unos cuantos anarquistas y los colaboradores de la revista *La Voce*. Mussolini certificó el viraje de la neutralidad a la intervención en un artículo publicado en el *Avanti!* el 18 de octubre de 1914 bajo el título *Dalla neutralità assoluta alla neutralità attiva ed operante*. Para justificar ese repentino cambio en su línea interpretativa de la guerra, se fundamentó también en la idea de Estado, concepto que hasta ese momento había rechazado y que, en cambio, se convertiría con el paso del tiempo, en una pieza clave de su fase posterior, la fascista. Tras la guerra, de hecho, el futuro *duce* irá incluyendo a su discurso unos marcados toques patrióticos, abandonando la lucha de clases, lejana reminiscencia de su periodo socialista, sentando las bases de una “revolución sin proletariado” o, lo que es lo mismo, de una “revolución nacional” (Campi, 2001).

El viraje de la neutralidad a la intervención militar le supuso la expulsión del partido, oficializada el 19 de octubre de 1914. A pesar de ello, Mussolini se seguirá profesando profundamente socialista durante un tiempo, y así lo quiso expresar en su discurso de despedida: “No penséis que me separo alegremente de este carné. Quitádmelo de las manos; pero no me vais a impedir estar en primera fila luchando por el socialismo. ¡Viva el socialismo! ¡Viva la revolución!” (Gentile, 2020: 82).

Al día siguiente, Mussolini abandonó la dirección del *Avanti!* y, acto seguido, fundó otro periódico, *Il Popolo d'Italia*, financiado por importantes grupos industriales como Ansaldo, Montedison y FIAT. Las acusaciones de haberse “vendido” al capital acompañaron a Mussolini en este momento de su vida. Sin embargo, el nuevo rotativo, por lo menos en sus primeros momentos, pretendía mantener la tradición socialista. De este modo, se definía como “periódico socialista” en el subtítulo, acompañándose de un decidido intervencionismo. El futuro *duce* del fascismo comprendió que el partido socialista no tenía la capacidad de desencadenar ninguna revolución y que, si acaso, ese proceso revolucionario podía ser impulsado a través de la guerra, interpretada de manera catártica como la ocasión para el despertar político de las masas, de su rescate social y de la consolidación de la identidad nacional.

En tan solo dos años nació y terminó el mito de Mussolini socialista, aunque él mismo seguiría profesándose socialista durante un tiempo. Sus antiguos compañeros, así como la base del partido que lo había alabado, de pronto lo consideraron un ambicioso oportunista, un egocéntrico, en definitiva, un traidor.

4. Mussolini intervencionista

El ocaso del primer mito mussoliniano coincidió con la creación del siguiente, el del intervencionista *antigiolittiano*. En esta fase, el líder liberal, Giovanni Giolitti, es atacado por ser el símbolo de la vieja burocracia corrupta y, por ende, responsable de todos los males del país. La vitalidad y la juventud de Mussolini, en cambio, son aplaudidos como un claro indicio de que el cambio se va acercando y que por fin ha aparecido el tan ansiado hombre nuevo anti-positivista y anti-racionalista, capaz de superar la mediocridad del tiempo presente y los vicios del Estado liberal.

Curiosamente, ese hombre nuevo pretende llevar al país a la guerra, habiendo sido él mismo no solo, como ya se dijo, un ferviente neutralista, sino también un convencido pacifista. Sin embargo, una vez emprendido ese giro copernicano hacia la intervención bélica, Mussolini se alistó en el ejército y luchó en el frente desde septiembre de 1915 hasta febrero de 1917 cuando, malherido por el estallido accidental de un mortero, fue dado de baja. En ese momento, el mito del “Mussolini soldado” llegó a su punto más álgido, acentuado, sobre todo en la prensa (no solo en *Il Popolo d'Italia*), por lo profundo que había caído y lo milagrosa que había sido su recuperación (Passerini, 1991: 29 y 31). La idea de inmortalidad del líder volverá a manifestarse, una vez en el poder, tras cada atentado del que saldrá ileso.

En los meses que quedaban de guerra, el futuro *duce* del fascismo invocó en repetidas ocasiones la llegada de un hombre de gobierno fuerte, auspiciando incluso una dictadura para Italia, ya que carecía de todo tipo de fe en los gobiernos democráticos. Por otra parte, analizando los efectos de la revolución bolchevique en Rusia, se fue alejando paulatinamente del socialismo revolucionario y, más en general, del marxismo. En esta nueva fase, en la cual quedaba arrinconada la lucha de clases, cogió nuevamente fuerza la idea de la guerra como momento regenerador del Estado; del pueblo que se hace nación (Isnenghi, 2019).

Tras el conflicto, admiró la vitalidad del capitalismo y su capacidad de impulsar el progreso nacional. El lema de *Il Popolo d'Italia* pasó de “periódico socialista” a “periódico de los combatientes y de los productores”. Al margen del acercamiento a las clases medias emergentes, su principal atención recayó en los combatientes, convertidos en símbolo de orgullo nacional y modelo de ‘italianidad’ a seguir. Según Mussolini, los soldados, gracias a su valor y sacrificio, lograron que Italia se diera a conocer en todo el mundo como un país serio y guerrero. Para gobernar este “nuevo” país ya no era necesario ningún dictador, sino un hombre cuyo valor hubiera quedado patente en las trincheras. Incluso creó el neologismo *trincherocracia*, “la aristocracia de las trincheras”, es decir, “el aristócrata de mañana” (Gentile, 2020: 120). De hecho, una vez finalizada la Gran Guerra, era muy extendida la idea de que la victoria había llegado más por mérito de los soldados que por los altos mandos del ejército. Valga como ejemplo el detallado y divertido recuerdo sobre la ineptitud de los generales Leone y Piccolomini (nombres ficticios que se refieren a militares realmente al mando de las Fuerzas Armadas italianas durante la I Guerra Mundial) que nos dejó Emilio Lussu en su libro *Un anno sull'altopiano* (1938).

Mussolini vivió la victoria de Italia en la guerra como un triunfo personal, atribuyéndose el mérito de haber virado hacia la intervención, en contra de la opinión de sus antiguos camaradas, exaltando la valentía de los italianos y explotando el descontento de la población tras el decepcionante acuerdo de paz. La “victoria mutilada” cohesionó a los exsoldados alrededor del proyecto mussoliniano (Salvemini, 1974): que al frente del país se colocaran los intervencionistas, es decir, los artífices de la victoria. Quienes habían apoyado la neutralidad, entre otros, sus antiguos compañeros socialistas, quedaban así señalados.

Los *Fasci di Combattimento* se inspiraron en esta nueva interpretación política. Fundados en Milán el 23 de marzo de 1919, estaban conformados por futuristas, sindicalistas revolucionarios, anarquistas, en su mayoría jóvenes veteranos de guerra.

En su acto fundacional (Programa de San Sepolcro), destacaban unas políticas sociales de corte progresista (De Felice, 2000: 9), como el sufragio universal (incluyendo el voto y la elegibilidad de las mujeres), la abolición del Senado, una fuerte tasación progresiva que preveía hasta una expropiación parcial de las riquezas, el secuestro de todos los bienes de las congregaciones religiosas, la gestión corporativa de la producción agrícola y la concesión de tierras a los campesinos (Vercelli, 2019: 91).

Estos *protofascistas* se oponían al liberalismo y denigraban el Parlamento, conformando una especie de movimiento antisistema populista *ante litteram*, contrario a la política tradicional, a sus representantes y a los lugares donde se desarrollaba esa política secular. En realidad, este nuevo movimiento no despertó grandes emociones en un principio y, a pesar de su discurso antisistema en contra de la política tradicional, accedió a presentarse a las elecciones de 1919 pero no obtuvo ningún escaño. Un año más tarde, en plena ebullición social, con la ocupación de las fábricas en el triángulo industrial en el norte y de las tierras en el centro-sur, se estructuró como una milicia que brindaba apoyo a los terratenientes en clave de oposición *antibolchevique*, en un periodo en el que algunos jefes políticos del proletariado miraban a la revolución rusa de 1917 con una cierta admiración. Al margen de la clase dirigente, fue especialmente la clase media rural, deseosa de orden, la que comenzó a considerar a Mussolini como una especie de mesías, capaz de acabar con las huelgas y el periodo de anarquía. En esta fase, la violencia contra los adversarios políticos comenzó a ser utilizada de manera sistemática.

5. Mussolini *duce* del fascismo

El fracaso electoral de 1919 llevó a Mussolini a impulsar un cambio de rumbo en su política, centrándose en alcanzar consensos entre la burguesía productiva y las clases medias decepcionadas y críticas con los partidos tradicionales. Para ello, promovió un giro conservador que apartaba el programa radical, aquel “revolucionarismo” de primera hora y todas las veleidades innovadoras.

A partir de 1920, su popularidad creció de manera exponencial. Los *Fasci* pasaron de 20.165 inscritos a finales de 1920 a 187.588 en mayo de 1921. En las elecciones del 15 de mayo de dicho año integraron los Bloques Nacionales dirigidos por Giolitti (el gran enemigo hasta esa fecha), logrando 35 escaños. Pocos meses después, el movimiento se transformó definitivamente en partido, dando vida al Partido Nacional Fascista.

Con la Marcha sobre Roma, Mussolini alcanzó el mando del país de la mano del rey y llenó ese vacío de poder que había dejado el dimisionario Facta, consagrándose, así como “salvador de la patria”. Para ello, recurrió a la violencia y se benefició del compromiso, que iba a ser exclusivamente momentáneo y reversible, entre fascismo y clase dirigente tradicional (De Felice, 2001, página 38). También se aprovechó de la ingenuidad de la clase dirigente política que no comprendió totalmente la gravedad de lo que estaba ocurriendo (Albanese, 2022). Esto probablemente se debió a que, en el fondo, como sostiene Griffin (2019), la Marcha sobre Roma fue un acontecimiento que en la actualidad ha sufrido una cierta reconstrucción magnificada a nivel histórico, y no fue un momento insurreccional *tout court*.

Tras el secuestro y posterior asesinato del socialista Matteotti, acontecimiento que, de haberse gestionado de otra manera por parte de la oposición, podría incluso haber hecho peligrar el gobierno de Mussolini (Borognone, 2013), comenzó el periodo dictatorial propiamente dicho. Se inauguró de manera no oficial con el discurso pronunciado por Mussolini en la Cámara de Diputados del 3 de enero de 1925, en el cual reconoció la responsabilidad política, moral e histórica de lo ocurrido con Matteotti. Siguió las *leyes fascistas*, a través de las cuales obtuvo plenos poderes, y la paulatina *fascistización* del país y de su población.

A partir de 1926, la mística del *duce* no tuvo límites, y se intensificó entre 1929 y 1936, cuando se fue sellando el *consenso* entre las masas y el líder (De Felice, 1974). Sin esa consonancia entre las aspiraciones colectivas y el deseo individual de un hombre catapultado en el poder, difícilmente se hubiera producido no solo el arranque del régimen sino, especialmente, su perpetuación. Se pasó de la expectación de la llegada del ‘superhombre’, como reacción al positivismo y al racionalismo del periodo anterior a la Gran Guerra, a la cultura del líder, en auge durante el periodo de entreguerras. En esta segunda fase, el “hombre nuevo”, al que sus seguidores le reconocían poderes extraordinarios, casi esotéricos, aquellas cualidades que Weber vislumbraba en la figura del líder carismático, debía desbaratar a la vetusta clase política liberal y enderezar el país hacia un mundo ordenado y feliz. Las masas, en su mayoría alejadas de todo tipo de participación política, venían de tres años de guerra y de un largo periodo de crisis social, factores que habían acentuado las inquietudes de cara al futuro (Lanaro, 1979: 219 y ss.).

A la creación del mito del Mussolini fascista contribuyó también la dinámica vertiginosa del “hijo del pueblo”, capaz de conquistar el poder sin contar con apoyos familiares, sin beneficiarse de favores de la clase dominante, llegando a la cumbre exclusivamente por sus propios medios. El hombre hecho a sí mismo siempre produce una cierta fascinación. En este sentido, el *duce* se convirtió en una presencia constante en la vida pública, e incluso privada, de la Italia fascista gracias a la proliferación de las biografías y las entrevistas, cuyo objetivo era exaltar los momentos más destacados de su vida, y la constante difusión de su imagen (Passerini, 1991).

Mussolini viajó por todo el territorio nacional, transmitiendo cercanía a la gente común, actitud inusual entre los políticos de la época, caracterizados por un cierto elitismo. Se le representó, a través de fotografías y vídeos, recolectando el maíz, vestido de minero, bañándose en la playa, montando en motocicleta o a caballo. Pero también elegantemente vestido rodeado de los mandatarios mundiales o en uniforme pasando revista a las tropas.

En un país donde el analfabetismo alcanzaba cuotas importantes, la imagen se convertía en un arma de consenso mucho más inmediato. Los alegatos de admiración incondicional hacia el jefe del fascismo eran numerosos. Alberto Vacca (2013) analizó una gran cantidad de cartas enviadas a Mussolini entre 1930 y 1943, recogidas hoy en el Archivo Central del Estado bajo el nombre de *Sentimenti per il Duce*. En ellas, los italianos de toda clase social, educación y sexo (aunque en su mayoría mujeres³, niños y niñas⁴) exaltaban de manera casi religiosa la figura del líder del fascismo. La adjetivación utilizada en esas misivas no tiene desperdicio. Mussolini era “queridísimo”, “sumo”, “bueno”, “grande”, “sabio”, “inteligente”, “generoso”, “augusto”, “invencible”, “magnífico”, “valiente”, “justo”, “santo” o “bendito”, entre otros. En definitiva, se le consideraba “una segunda deidad”, un “nuevo Dios”, el “Dios de nuestra Italia”, “nuestra Religión”, “*duce* santo”, “hombre

³ Véase como ejemplo la siguiente carta: “Perdóname si yo, una pequeña mujer, tengo la osadía de escribirte y de tutearte. Pero cuando yo me dirijo a Dios no le trato de Usted, y tú para mí eres un Dios, eres un ser sobrehumano enviado de un poder superior para guiar nuestra bella Italia en el destino que se le prefijó cuando Rómulo y Remo fundaron Roma” (Vacca, 2013: 54).

⁴ Eso se debía a que en las escuelas era tarea habitual, cuando no obligatoria, escribir cartas al *duce*.

sobrenatural”, un “Milagro”, un “Taumaturgo”, el “Salvador de Italia”, el “Defensor de la civilización romana y cristiana”, el “Creador de un Imperio”, el “destructor del mundo bolchevique”.

El fascismo había logrado transformarse en una especie de religión laica (Gentile, 1993) basada en la superioridad del Estado, a cuyo mando estaba el ‘hombre nuevo’ capaz de levantar pasiones. Al contrario de lo que ocurrió en Alemania y en la Unión Soviética, donde el partido se sobreponía al Estado, en el fascismo éste se colocaba en posición subalterna y Mussolini, a través de una hábil operación propagandista, se convirtió en la figura visible para llevar a cabo la “obra de mediación entre las varias piezas del régimen” (De Felice, 2011: 42). Este mito mussoliniano, prácticamente intacto hasta la guerra, no se extendió al resto de los altos mandos del gobierno, que fueron objeto de críticas y burlas, acaparando en sí (y exculpando, por lo tanto, al líder) las acusaciones de mala gestión (Dogliani, 2017: 132).

Dicho lo anterior, la figura de Mussolini suscitó también odio (Sarfatti, 1933) en aquella parte de la población que había sufrido las vejaciones fascistas (personas que en gran número habían tenido que abandonar el país), y en aquellos que desde el principio se habían opuesto al régimen. Un odio que además el mismo *duce* ensalzaba, considerándolo motivo de orgullo: “preferimos que nos teman y no nos importa nada que nos odien, porque ese odio es correspondido”, decía (De Felice y Gogliani, 1983: 260). Parte de ese rechazo desembocó en varios intentos de asesinato, todos fallidos, lo que contribuyó a disparar el aura de inmortalidad de Mussolini. En efecto, tras cada intento de eliminarle, la población se volcaba aún más con él, transmitiéndole su apoyo incondicional. Famosa es la misiva que recibió tras el atentado del 7 de abril de 1926, en la cual una adolescente expresaba con furor su total admiración hacia él y la más absoluta animadversión hacia la agresora (una mujer irlandesa). Esa joven se llamaba Claretta Petacci y posteriormente se convertiría en la amante de Mussolini.

Claro que también hubo propaganda, pero fue más importante para la perpetuación del mito que por su creación. Así como los elementos culturales, responsables de la *fascistización* de la sociedad y del país, hubo arquitectura fascista (Nicoloso, 2008) y arte fascista con artistas que contribuyeron a la “representación mítica de la epopeya fascista”, sin imponer, afirmaba el propio Mussolini, un “arte de Estado”, impulsando más bien un “arte fascista” (Gentile, 1993: 177-178). Del mismo modo, existió el teatro fascista, aunque escaso, (Sassoon, 2006: 1351) y el cine fascista. Las películas propiamente de propaganda fueron pocas y su éxito limitado. Más atractivas resultaron ser las producciones sobre la antigua Roma (los *pepla*) o las comedias ligeras que formaban parte de un género cinematográfico llamado de los *teléfonos blancos*. Diferente fue el papel del monopolio de la información cinematográfica conformado por el instituto LUCE. Entraban en esta categoría aquellos noticiarios que se solían retransmitir en los cinematógrafos antes de la proyección de las películas. De esta manera, el público estaba expuesto a la propaganda fascista cada vez que iba al cine, resultando las películas propiamente fascistas poco necesarias. Aun así, en la producción cinematográfica fascista Mussolini era representado como el hombre del destino, el caudillo, la quintaesencia de la voluntad de la nación (Argentieri, 2004), mientras que los fascistas se solían convertir en víctimas e incomprensidos. El mito del *duce*, penetrando incluso en las salas cinematográficas, se constituyó como “único y auténtico mito estelar autárquico a finales de los años treinta” (Brunetta, 1991: 180; Brunetta, 1979).

Por otro lado, estaban la radio, los carteles, las pancartas y los discursos (Sassoon, 2006: 1935). La innata capacidad de comunicación de Mussolini, su gestualidad única, su oratoria vehemente y su indudable fascinación personal, a la cual muchos líderes mundiales cayeron rendidos, también conformaron una parte esencial de su mito. De hecho, sería un error pensar que todo fue fruto de la propaganda. El papa Pio XI lo definió como “el hombre de la providencia”; para Winston Churchill Mussolini era “el nuevo César del siglo XX”; y hasta Gandhi lamentaba no ser un hombre superior como Mussolini. Sin mencionar a Franco, Hitler (Goeschel, 2019) y Salazar.

La propaganda se empeñó en consolidar y difundir incluso fuera del territorio nacional una imagen positiva del fascismo, capaz de devolver la grandeza imperial (esa por lo menos era la percepción y la intención del régimen) al pueblo italiano y contrarrestar (siempre según la interpretación de los fascistas) la mala imagen que el país había adquirido bajo el régimen liberal (Pretelli, 2008). El turismo sirvió para fomentar esa imagen positiva, pero hizo aún más la diplomacia cultural, activándose para proporcionar una abundante cantidad de material propagandístico de promoción de Italia, y al mismo tiempo acogiendo a personalidades de renombre que, una vez de vuelta a su país, habría difundido una imagen positiva del régimen. Para ello, la labor de las embajadas italianas presentes en muchos rincones del mundo fue fundamental. En el extranjero, las oficinas diplomáticas promovían la publicación de libros traducidos al idioma del país de acogida, monografías en las cuales el fascismo y su líder adquirían unas semblanzas cuando más positivas. En Italia, se impulsaba la presencia de personalidades extranjeras. Ejemplo de ello fue la visita, en 1926, del poeta y premio Nobel bengalí Rabindranath Tagore, que quedó fascinado por la personalidad y el carisma del *duce* y su “capacidad de conciliar el patrimonio de la tradición italiana con las exigencias de una nación moderna” (Spagnuolo, 2020: 1133).

Por su parte, la *Società Dante Alighieri* (Domínguez Méndez, 2013) y, en menor medida, el *Istituto Italiano di Cultura* jugaron un papel importante para transmitir en el exterior una imagen benévola y cautivadora del régimen. La transmisión cultural, en este caso, incluía el idioma, elemento vehicular de gran importancia. La propaganda era necesaria también para captar la benevolencia de los italianos emigrados, la mayoría de los

cuales, sin ser abiertamente antifascistas, pero tampoco profesándose condescendientes con el régimen, habían perdido poco a poco todo vínculo con su país de origen. Para mantener en ellos ese lazo con la patria, especialmente allá donde su presencia era numéricamente considerable como, por ejemplo, en Argentina (Grillo, 2006), era necesario poner en marcha medidas de atracción. Becas, ayudas a estudiantes, financiaciones de viajes para periodistas extranjeros eran otras de las tareas que, a nivel diplomático, se solían llevar a cabo para promocionar el nuevo país fascista. Y así, de esta manera, se incentivó la llegada de alumnos suizos, de periodistas brasileños, de estudiantes norteamericanos y árabes (estos últimos para fomentar las supuestas buenas relaciones del régimen con el mundo islámico).

El mito de Mussolini tuvo mucho que ver con el desarrollo de un orgullo nacional olvidado. El sentido de una patria única, grande y potente afianzó vínculos entre la población, hasta ese momento poco visibles o inexistentes. También recobró fuerza el discurso sobre la *romanità*, que ensalzaba la gloria de la Roma imperial, asentada en los principios de la disciplina, del trabajo, de la organización y de la integración del Estado, todo ello a través de un esquematismo desprovisto de nostalgia y alejado de cualquier tipo de deseo de un regreso al pasado (De Francisci, 1939).

El mito mussoliniano se fue plasmando por su aspecto moral (el carácter, la seguridad, la ecuanimidad del caudillo, etc.) más que por su conducta política, constituyéndose entre las masas y no en un ambiente elitista e intelectual. Mussolini dio confianza a las masas, las cuales, ya existentes sin ser conscientes de serlo, de pronto se hicieron visibles, instalándose en los lugares predominantes de la sociedad. Esa visión viene de lejos, de la etapa anterior, de Sorel y de su revisión del marxismo basada en el mito como espacio teórico necesario para impulsar la rebelión obrera y un socialismo que iba a renovar el mundo (Sternhell, 1994: 83). Sin embargo, a las masas era necesario educarlas, moldeando su mentalidad, ya que nunca habrían llegado a gobernarse por sí mismas ni a forjar una conciencia autónoma suficiente (D'Aroma, 1932). El mito servía para ese propósito, ya que “el hombre desea un poder espiritual afirmativo y gustosamente lo sigue y obedece” (Bortolotto, 1930: 35).

La revolución fascista y la creación del estado corporativo encontraron partidarios que saludaban con placer esa tercera vía entre capitalismo y comunismo (Petacco, 2018: 11). Sin embargo, hoy sabemos cómo Mussolini se vio favorecido en su labor de implantación del fascismo por los poderes fuertes, viéndose obligado a dar un giro conservador que incluía el respaldo a la monarquía, a la industria y a la Iglesia. Se cumplía así esa famosa fórmula, importante para entender no solo el fascismo sino también el neofascismo, que diferenciaba el “fascismo movimiento” del “fascismo régimen” (De Felice, 2001: 29). Esto es, un fascismo innovador y revolucionario, apoyado y auspiciado por las clases medias emergentes colocado entre la burguesía y el proletariado, y un fascismo que llega a acuerdos con la clase dirigente tradicional y con las instituciones, poco o nada innovador, cuyo objetivo no era subvertir el sistema, sino reforzarlo y redinamizarlo. El primero fue revolucionario, el segundo conservador y tradicionalista. De aquí la famosa frase de Gramsci (1924), quien, recordando el pasado socialista de Mussolini, dijo de él: “no pudo ser el jefe del proletariado; se convirtió en el dictador de la burguesía”.

6. La caída del mito

La aceleración totalitaria del régimen se dio entre 1935 y 1939, periodo en el que hubo una escalada belicista sin precedentes, que pretendía convertir el país en una potencia militar y civilizadora. Italia conquistó Etiopía, proclamando el Imperio el 9 de mayo de 1936, suscitando un cierto entusiasmo solo cuando quedó claro que ni los ingleses ni los franceses se opondrían a la invasión (De Felice, 2001: 52). También participó en la Guerra Civil española en apoyo al bando sublevado y se acercó a Alemania (eje Roma-Berlín, el 24 de octubre de 1936) como reacción, en parte, a la negativa de la Sociedad de Naciones, que Italia abandonará en 1937, a la colonización de Etiopía. El ejército italiano invadió Albania el 7 de abril de 1939 y el 22 de mayo de ese mismo año Mussolini firmó el Pacto de Acero con Hitler. El paulatino acercamiento a la Alemania nazi, que incluía la aceptación de la anexión de Austria a Alemania (*Anschluss*) y la aprobación de las leyes raciales, fue un hecho impopular entre la población italiana que minaría poco a poco el consenso que hasta aquellos años tenía el *duce*.

Una vez estallado el conflicto bélico, Italia no entró en la contienda de inmediato. Lo hizo más tarde, presionada por la rápida expansión de las tropas alemanas en el territorio europeo. La participación en la guerra supuso la puntilla definitiva al consenso, que no logró resucitar ni siquiera la interpretación carismática que Mussolini tenía de su propio poder, convencido éste de que los italianos tenían que ser partícipes de su mito para poder superar los momentos de dificultad.

En este sentido, el ejército italiano, ya desgastado en la Guerra Civil española, dio señales de no estar a la altura de sus aliados desde los primeros compases del conflicto. Tras la desastrosa campaña de Rusia, y después de haber perdido el norte de África, los Aliados lanzaron una ofensiva en el frente italiano, desembarcando en Sicilia en julio de 1943. El día 25 de ese mismo mes, Mussolini fue detenido por orden del rey tras la moción de censura aprobada por el Gran Consejo del Fascismo. De la exaltación, la admiración, el amor hacia el líder se pasó al odio, a la crítica, al escarnio, sentimientos magnificados a raíz del desastre de la intervención militar.

El sueño tan augurado por el *duce* de una Italia poderosa y guerrera, de una nación de combatientes, vástagos del Imperio Romano se veía frustrado (Vacca, 2013)⁵. La mayoría de los fascistas abandonó a su jefe. Tras la firma del armisticio, solo pocos centenares de camisas negras trataron de mantener vivo el fascismo fundando el Partido Fascista Republicano y, tras la liberación de Mussolini por parte de los nazis, se proclamó la República Social Italiana (RSI). Pero el declive total estaba cada vez más cerca.

El 27 de abril de 1945, el *duce*, disfrazado de soldado alemán, llevando consigo dinero sustraído del Banco de Italia y junto a su amante, Claretta Petacci, y a un puñado de altos mandos del régimen, fue interceptado por un grupo de partisanos comunistas en una localidad del lago de Como mientras intentaba ponerse a salvo cruzando la frontera con Suiza. Al día siguiente todos fueron ejecutados⁶ y, veinticuatro horas después, expuestos al vilipendio público colgados boca abajo en la marquesina de una gasolinera del *Piazzale Loreto* de Milán.

Esos tres días son fundamentales para entender el intento de destrucción del mito por parte de los antifascistas, especialmente de los comunistas, y la indulgencia que los neofascistas más irreductibles expresaron hacia el jefe. El Partido Comunista Italiano quiso cargar de ignominia la captura y la muerte del dictador. Así, en el momento de su captura, Mussolini fue descrito en la prensa comunista como un “desertor” que huía intentando hacerse pasar por alemán; un “ladrón” que había sustraído dinero del Banco de Italia; un “traidor infiel” que prefería poner a salvo a su amante que a su propia familia. En la narración de sus últimos momentos de vida se incidió en la imagen de un hombre que no era más que un “despojo humano” y que había muerto de manera cobarde, “como un perro” (Luzzatto, 2019: 59). Eso no pasó desapercibido ni siquiera entre los fascistas más fieles, quienes, una vez difundidas esas noticias, criticaron la actitud del padre del fascismo. Famosa es la frase de Giuseppe Bottai (1988: 396), quien declaró que “perder nuestra propia vida es grave, pero moralmente reparable. Perder nuestra propia muerte no tiene remedio”. Sin embargo, una vez que el cadáver de Mussolini fue humillado, vejado y expuesto públicamente en Milán, una parte de los fascistas más nostálgicos rehabilitó a su líder, considerándolo víctima de una barbarie medieval⁷. Es el mito (esta vez sí en su acepción de “historia ficticia”), y no la realidad, lo que conforma los cimientos del neofascismo.

7. Recapitulación final

Mussolini logró a lo largo de su vida imponer una imagen mítica de sí. No lo hizo exclusivamente, como a menudo se piensa, en el seno de su criatura, el fascismo, sino también en épocas anteriores. Fue, de hecho, el *duce* del socialismo antes que el *duce* del fascismo. Las masas solían olvidar rápido sus incongruencias. Pasó de posiciones antimilitaristas a un fervido intervencionismo en la I Guerra Mundial, de anticlerical a la firma de los Pactos de Letrán con la Iglesia. Tampoco sufrió su imagen por el hecho de tener amantes. Esos bandazos típicos de su propia personalidad se reflejaron en el fascismo, primero revolucionario, casi antisistema, luego conservador y tradicionalista. La propaganda, pero también su innata capacidad de liderar las masas, lograron que el *duce* del fascismo ensalzara la unidad nacional, disparara el orgullo de pertenecer a Italia, incluso de difundir una imparable sensación de que el valor guerrero habría conducido el país al triunfo en la II Guerra Mundial. Esa religión laica que fue el fascismo estaba basada en la idolatría del jefe, en la anulación de la vida privada y en la total *fascistización* de la nación.

Cuando todo se derrumbó, y Mussolini pagó con la vida por los errores cometidos, los antifascistas intentaron destruir su mito, lográndolo solo en parte. Los incondicionales, al ver las imágenes de su líder públicamente ultrajado en el *Piazzale Loreto* de Milán (no olvidemos que, al día siguiente a su ejecución, las macabras fotografías del *duce* muerto se podían adquirir en los quioscos y en las papelerías hasta que una medida judicial acabó prohibiendo su venta) lo rehabilitaron, perdonándole incluso los pecados más graves cometidos en los momentos finales de su existencia. De hecho, la memoria mítica, que no real, del Mussolini fascista contribuyó a cohesionar el neofascismo. Esa visión exaltada, y a menudo ficticia, ha llegado hasta el post fascismo, crítico con el fascismo, pero nunca con su creador. Eso se ha podido comprobar incluso hoy. El actual presidente del Senado italiano, Ignazio La Russa, la actual primera ministra italiana Giorgia Meloni, o, hace unos años, Gianfranco Fini, fundador de *Alleanza Nazionale*, partido heredero del *Movimento Sociale Italiano*, han expresado, en algún momento de su carrera política, algún tipo de juicio sobre el régimen fascista, ensalzando la figura de su líder y fundador, exculpándolo de todos los errores cometidos y situándolo en un lugar privilegiado en la historia del país.

⁵ El 26 de julio de 1943 algunas estatuas de Mussolini fueron atadas a los tranvías en Roma y arrastradas por la ciudad. Los retratos del *duce* ensuciados. Aparecieron escritos de “muerte al *duce*” que se quedaron en las paredes sin que nadie los borrara (Luzzatto, 2019: 42-45).

⁶ Durante muchos años se ocultó la identidad del autor de las ráfagas de metralletas que acabaron con la vida de Mussolini. Hoy todo apunta a que fue el partisano comunista Walter Audisio, conocido también como el coronel Valerio. Esa reticencia en difundir la identidad del verdugo del *duce* quería cumplir con dos objetivos: preservar la incolumidad de Audisio y no convertir la muerte del dictador como la acción únicamente de los comunistas, sino de todo el antifascismo resistencial.

⁷ Véase, en este sentido, las “pinturas de la infamia” de la Edad Media, en las cuales los infames eran representados colgados por los pies.

8. Referencias bibliográficas

- Albanese, Giulia (2022): *La marcia su Roma*, Bari: Edizioni Laterza.
- Argentieri, Mino (2004): *L'occhio del regime*, Roma: Bulzoni.
- Beltramelli, Antonio (1923): *L'uomo nuovo*, Milano: Mondadori.
- Borgognone, Giovanni (2012): *Come nasce una dittatura. L'Italia del delitto Matteotti*, Roma-Bari: Laterza.
- Bortolotto, Guido (1930): *Lo Stato e la dottrina corporativa*, Bologna: Zanichelli.
- Bottai, Giuseppe (1988): *Diario 1944-1948*, Milano: Rizzoli.
- Brunetta, Gian Piero (1979): "Mise en page dei cinegiornali e mise en scene mussoliniana", en Redi, Riccardo (ed.): *Cinema italiano sotto il fascismo*, Venezia: Marsilio, pp. 165-184.
- Brunetta, Gian Piero (1991): *Cent'anni di cinema italiano*, Roma-Bari: Laterza.
- Campi, Alessandro (2001): *Mussolini*, Bologna: Il Mulino.
- D'Aroma, Nino (1932): *Il popolo nel fascismo*, Roma: Pinciana.
- De Felice, Renzo (1965): *Mussolini il rivoluzionario, 1883-1920*, Torino: Einaudi.
- De Felice, Renzo (1966): *Mussolini il fascista, vol. I: la conquista del potere 1921-1925*, Torino: Einaudi.
- De Felice, Renzo (1968): *Mussolini il fascista, vol. II: l'organizzazione dello stato fascista, 1925-1929*, Torino: Einaudi.
- De Felice, Renzo (1974): *Mussolini il duce, vol. I: gli anni del consenso, 1929-1936*, Torino: Einaudi.
- De Felice, Renzo (1981): *Mussolini il duce, vol. II: Lo Stato totalitario, 1936-1940*, Torino: Einaudi.
- De Felice, Renzo (1990a): *Mussolini l'alleato, vol. I: l'Italia in guerra, 1940-1943*, Torino: Einaudi.
- De Felice, Renzo (1990b): *Mussolini l'alleato, vol. II: l'Italia in guerra, 1940-1943*, Torino: Einaudi.
- De Felice, Renzo (2000), *Breve storia del fascismo*, Milano: Mondadori.
- De Felice, Renzo (2001) [1ª ed. 1975], *Intervista sul fascismo*, Roma-Bari: Laterza.
- De Felice, Renzo y Goglia Luigi (1983): *Mussolini. Il mito*, Roma-Bari: Laterza.
- De Francischi, Pietro (1939): *Civiltà Romana*, Roma: Istituto Nazionale di Cultura Fascista.
- Dogliani, Patrizia (2017): *Il fascismo degli italiani*, Valencia: Universitat de Valencia.
- Domínguez Méndez, Rubén (2013): "La società Dante Alighieri en España durante los años del fascismo italiano (1922-1945)", *Historia*, 396(1), 45-69.
- Fabrizi, Fabio (2019): *Le origini della guerra civile. L'Italia dalla Grande Guerra al Fascismo, 1918-1921*, Torino: Utet.
- Gentile, Emilio (1993): *Il culto del littorio*, Roma-Bari: Laterza.
- Gentile, Emilio (2008): *La via italiana al totalitarismo. Il partito e lo Stato nel regime fascista*, Roma: NIS.
- Gentile, Emilio (2001): *Le religioni della politica. Fra democrazie e totalitarismi*, Roma-Bari: Laterza.
- Gentile, Emilio (2002): *Fascismo. Historia e interpretación*, Madrid: Alianza.
- Gentile, Emilio (2018): *In Italia ai tempi di Mussolini*, Milano: Mondadori.
- Gentile, Emilio (2017): *Mussolini contro Lenin*, Roma-Bari: Laterza.
- Gentile, Emilio (2020): *Quando Mussolini non era il duce*, Milano: Garzanti.
- Goeschel, Christian (2019): *Mussolini e Hitler. Storia di una relazione pericolosa*, Roma-Bari: Laterza.
- Gramsci, Antonio (1924): "Capo?", *L'ordine nuovo*.
- Grillo, María Victoria (2006): "Creer en Mussolini. La proyección exterior del fascismo italiano (Argentina, 1930-1939)", *Ayer*, 62(6), 231-256.
- Griffin, Roger (1991): *The Nature of Fascism*, London: Routledge.
- Griffin, Roger (2005): *Fascism, Totalitarianism and Political Religion*, London: Routledge.
- Griffin, Roger (2019) [1ª edición en inglés en 1995]: *Fascismo*, Madrid: Alianza.
- Isnenghi, Mario (1996): *L'Italia e il fascio*, Firenze: Giunti.
- Isnenghi, Mario (1999): *La tragedia necessaria*, Bologna: Il Mulino.
- Isnenghi, Mario (2016): *Il mio diario di guerra*, Bologna: Il Mulino.
- Isnenghi, Mario (2018a): *Oltre Caporetto*, Venezia: Marsilio.
- Isnenghi, Mario (2018b): *I vinti di Vittorio Veneto*, Bologna: Il Mulino.
- Lanaro, Silvio (1979): *Nazione e lavoro*, Venezia: Marsilio.
- Lussu, Emilio (1938, 1ª ed.): *Un anno sull'altopiano*, París: Le Lettere Italiane.
- Luzzatto, Sergio (2019): *Il corpo del duce*, Torino: Einaudi.
- Malaparte, Curzio [publicado con el seudónimo de Candido] (1944): *Mussolini segreto*, Roma: Istituto Editoriale di Cultura.
- Musiedlak, Didier (2003): *Lo stato fascista e la sua classe politica, 1922-1943*, Bologna: Il Mulino.
- Musiedlak, Didier (2005): *Mussolini*, París: Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques.
- Musiedlak, Didier (2007): *Parlementaires en chemise noire: Italie (1922-1943)*, Besançon: Presses Universitaires de Franche-Comté.
- Mussolini, Edvige (1957): *Mio fratello Mussolini*, Venezia: La Fenice.
- Mussolini, Rachele (1958): *Benito il mio uomo*, Milano: Rizzoli.
- Passerini, Luisa (1991): *Mussolini immaginario*, Roma-Bari: Laterza.
- Petacco, Arrigo (2018): *L'uomo della provvidenza*, Milano: UTET.
- Pretelli, Matteo (2008): "Il fascismo e l'immagine dell'italiano all'estero", *Contemporanea*, 2, 221-241.
- Roux, Georges (1957): *Mussolini*, Lisboa: Editorial Aster.
- Salvemini, Gaetano (1974): *Scritti sul fascismo*, (vol. III), Milano: Feltrinelli.
- Sarfatti, Margherita (1926), *Dux*, Milano: Mondadori.
- Sarfatti, Margherita (1933): *Il volo dell'Aquila da Predappio a Roma*, París: Cecconi.
- Sassoon, Donald (2006): *Cultura. El patrimonio común de los europeos*, Barcelona: Crítica.
- Sternhell, Zeev (1994): *El Nacimiento de la ideología fascista*, Madrid: Siglo XII Editores.
- Spagnuolo, Giuseppe (2020): "Lontani ma non troppo", *Nuova Rivista Storica*, 104(3), 1109-1160.

- Sturzo, Luigi (2001) [1^a ed. 1927 en Francia]: *L'Italie et le fascisme*, Paris: Librairie Félix Alcan.
- Tarchi, Marco (1995): *Esuli in patria*, Parma: Guanda.
- Tarchi, Marco (2003): *Il fascismo. Teorie, interpretazioni, modelli*, Roma-Bari: Laterza
- Vacca, Alberto (2013): *Duce! Tu sei un dio!*, Milano: Baldini & Castoldi.
- Vercelli, Claudio (2019): *L'anno fatale*, Torino: Edizioni del Capricorno.